

# EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN ASTURIAS 2003-2006



GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS

CONSEJERÍA DE CULTURA Y TURISMO

## EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL CASTRO DE PENDIA (BOAL)

Fernando Rodríguez del Cueto y Ángel Villa Valdés

El castro de Pencia, en el concejo de Boal, es uno de los yacimientos arqueológicos más renombrados entre los poblados fortificados excavados en Asturias y con mayor atractivo turístico entre los incluidos en la oferta cultural del Principado de Asturias. El interés científico del castro adquirió a partir de los años cuarenta del pasado siglo una notable proyección como consecuencia de las publicaciones de J. Uría Rúa y, fundamentalmente, A. García y Bellido acerca de las excavaciones que habrían de poner al descubierto una superficie considerable del antiguo asentamiento protohistórico.

Incluido como uno de los objetivos principales del Plan Arqueológico Director de la Cuenca del Navia, desde 1999 se han sucedido las intervenciones arqueológicas destinadas a consolidar las ruinas, mejorar las condiciones de visita y extraer la documentación de interés arqueológico aún remanente en las zonas de actuación. Informes relativos a los procedimientos y resultados de los trabajos acometidos hasta el año 2002 han sido dados a conocer en números anteriores de esta revista y en otras publicaciones especializadas.

El planteamiento de los trabajos se ajusta a la inevitable estacionalidad impuesta por la climatología y a los modestos, aunque constantes, recursos disponibles. En general, el área de actuación se limita a la zona de influencia de un único edificio, sobre el cual se aplica un procedimiento pautado: limpieza, identificación de patologías superficiales, retirada de paquetes de ruina, excavación y saneamiento de las estructuras murales con recuperación del horizonte de tránsito inicial. En último término, mejorar las condiciones de conservación de la ruina sin alterar su imagen tradicional y sumar cuantos datos resulten de interés para mejorar el conocimiento, por desgracia muy incompleto, de la secuencia de ocupación del poblado.

Como se indica más arriba, los trabajos se realizan en el ámbito del Plan Arqueológico Director de la Cuenca del Navia –documento por el cual la Consejería de Cultura y Turismo del Principado de Asturias ordena la actividad arqueológica en el área del Navia-Eo (VILLA, 1999 PACN)– y la colaboración del Ayuntamiento de Boal que asume, desde 2004, la contratación de los operarios y del arqueólogo director de los trabajos de campo.



Foto 1: Vista general del poblado desde el torreón meridional.

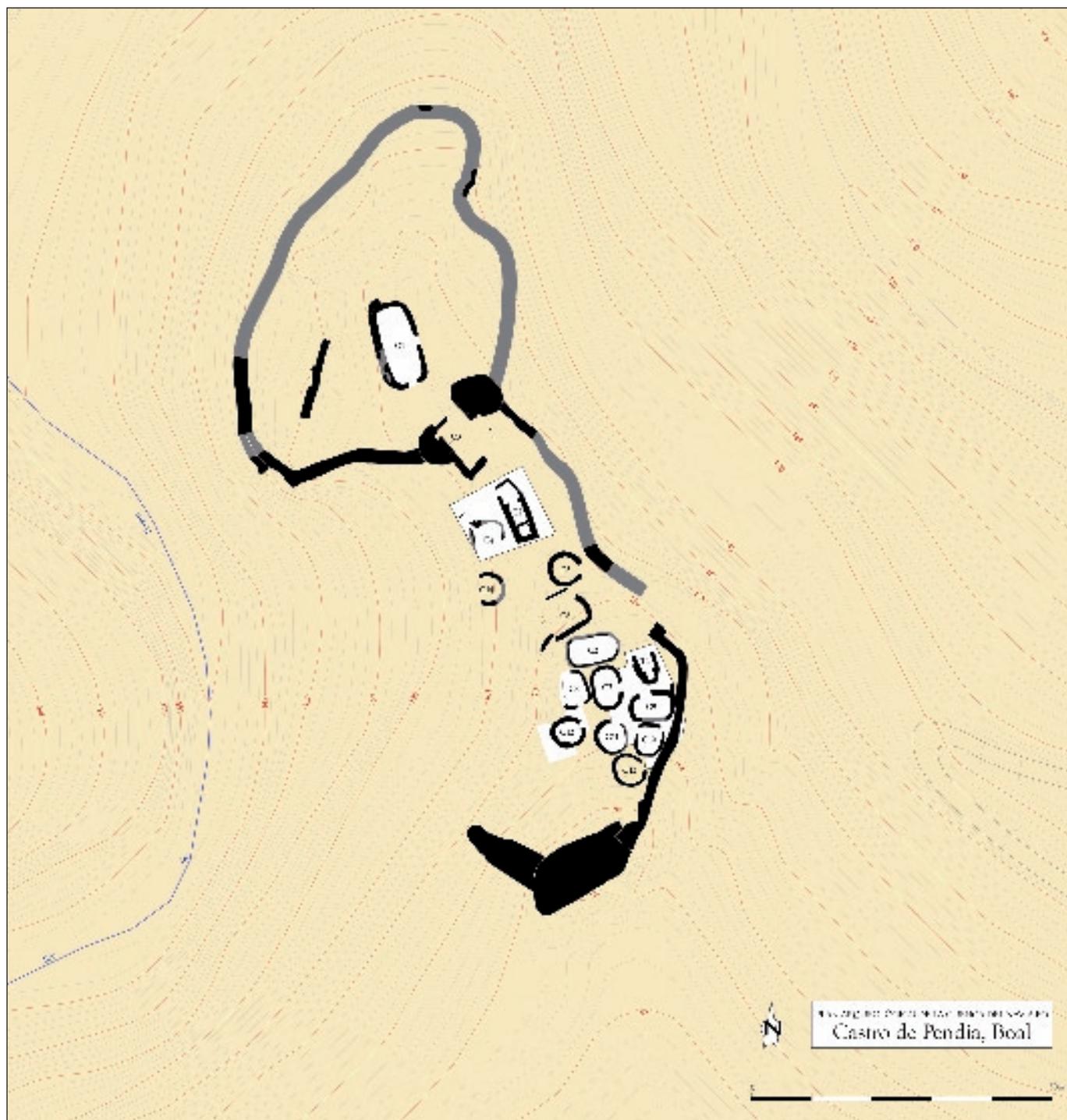


FIGURA 1: Plano general del yacimiento, en el que el fondo blanco indica las zonas de intervención (E. Martín).

Las zonas sobre las que se ha actuado en estos años se localizan sobre el recinto principal del poblado, un espacio de unos 2.300 m<sup>2</sup> delimitado a oriente y occidente por la línea de muralla que se extiende al abrigo del foso y el torreón que se alza al mediodía y limitado al norte por el recinto de la gran cabaña. En este espacio se identifican, al menos, 14 edificios, de los que 2 corresponden a sendos

edificios termales o saunas, que se distribuyen desigualmente en sucesivas terrazas. Parece advertirse cierta preferencia por la construcción en el área meridional donde se concentran el mayor número de edificaciones. Allí se han reconocido indicios de varias construcciones bajo los escombros del torreón que anuncian una trama edificada algo más nutrida.

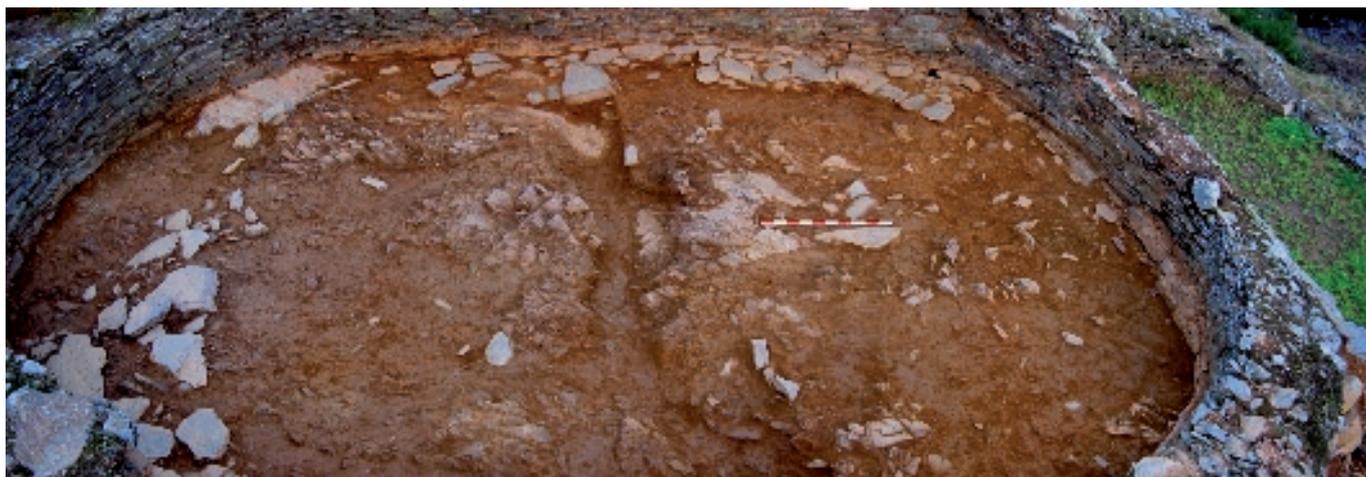


Foto 2: Construcción C-7. Traza primitiva y restos de la canalización.

## ZONAS DE INTERVENCIÓN

### CONSTRUCCIÓN C-2

Edificio de planta elíptica, con una superficie interior de 28 m<sup>2</sup>, y una orientación E-O de su eje mayor. La capa de tierra conservada como suelo de la construcción era de unos 15 cm y estaba dispuesta sobre la roca de pizarra. Tras el muro meridional, al pie de las cabañas C-7 y C-8, se definió un perfil estratigráfico en el que se advertían los cuidadosos trabajos de acondicionamiento topográfico previos a la construcción con la excavación de caja para C-2 y la disposición de un potente relleno de bloques irregulares de pizarra que, a modo de encofrado, atirantaba y daba consistencia al hueco muerto que mediaba entre las tres cabañas, disminuyendo así el riesgo de desplomes de la estructura al tiempo que se posibilitaba la construcción en distintas alturas con un aprovechamiento máximo de los espacios. La cabaña proporcionó restos de cerámica común romana<sup>1</sup>, así como una moneda de bronce que podría corresponderse con una emisión de la *caetra* (GIL y VILLA, 2005: 507).

### CONSTRUCCIÓN C-7

Cabaña de 20 m<sup>2</sup> de superficie, con planta elíptica y eje longitudinal dispuesto en dirección N-S. Al igual que la mayor parte de estructuras constructivas, fue realizada con mampuestos irregulares de pizarra trabados con barro y asentados principalmente sobre la roca. El muro supera el metro de altura en buena parte de su trazado y

<sup>1</sup> Ollas de borde exvasado y superficie lisa, o con decoración de líneas bruñidas.

mantiene una anchura regular de unos 0,65 m. El único suelo asociado a este edificio, de 10 cm de potencia, ha proporcionado un fragmento de *terra sigillata* hispánica (*Drag. 15/17*)<sup>2</sup>, varias piezas de cerámica común romana, así como fragmentos de 9 pesas de telar aparecidas en el extremo suroeste de la cabaña.

Inmediato al vano abierto sobre la fachada oriental del edificio se abre el aliviadero de una conducción que recorre diagonalmente la estancia. Fue tallada en la roca natural, con perfiles toscamente labrados que definen secciones irregulares con anchuras comprendidas entre los 20 y 60 cm y una profundidad entre 16 y 22 cm. Estuvo cubierta con lascas irregulares de pizarra de las que sólo se identificaron *in situ* tres ejemplares, el resto fueron levantados en un momento previo a nuestra excavación, sin que podamos precisar la cronología en que fueron excavadas. Es probable que a través de este canal se diese salida al agua vertida sobre el espacio interpuesto con la construcción inmediata.

La cabaña 7 fue construida sobre los restos de un edificio más antiguo, hoy prácticamente perdido. De planta y orientación similares, pudieron identificarse tramos discontinuos de los muros oeste y sur que apenas conservaban una hilada de alzado. Los depósitos asociados a esta construcción, de unos 5 cm de potencia, únicamente aportaron fragmentos de cerámica común romana.

### CONSTRUCCIÓN C-8

Edificio de planta oblonga de 18 m<sup>2</sup> dispuesta según un eje principal NNO-SSE. Antes de la excavación sólo

<sup>2</sup> Según estudio de A. Menéndez Granda, investigador que ha revisado los fragmentos de *terra sigillata* recuperados en el yacimiento.

eran reconocibles los muros este, norte y un pequeño tramo del muro sur. El paramento oriental conserva los alzados de mayor altura, entre 80-90 cm, con una anchura de 60 cm. Aún podían apreciarse sendos vanos en los muros norte y sur: el norte, todavía en uso en el momento de abandono de la cabaña, mientras que el sur había sido cegado previamente.



Foto 3: Construcción C-8.



Foto 4: Construcción C-9. Superposición del edificio sobre la muralla oriental.

La cabaña fue erigida sobre una superficie irregular y desnivelada, en la que destacaba un pronunciado afloramiento de pizarra sobre el que se instaló el paramento occidental de la cabaña. Un rebaje longitudinal en sentido sur-norte, de una profundidad máxima de 20 cm, permitía reconocer su trazado, del que aún restaba un corto tramo de 55 cm. Sobre el crestón se advierten rebajes diversos cuya naturaleza y relación con el último edificio o con estructuras precedentes no ha sido posible precisar. En los espacios donde no había afloramiento, la inclinación del terreno original obligó a realizar rellenos de nivelación con piedras y tierra. En la zona norte, por ejemplo, se debía salvar un desnivel próximo al medio metro con respecto al extremo sur de la cabaña, zona en la que la roca estaba mucho más alta.

Una canalización recorría el piso de la cabaña a lo largo de unos 4,5 m. Mantenía una trayectoria ligeramente arqueada que respetaba (en su inicio y final) la dirección SSE-NNO del eje principal. Fue construida con lascas finas y aguzadas de pizarra que se clavaron en los sedimentos más próximos a la roca, y que fueron cubiertas por lascas de pizarra de mayor superficie y más gruesas. La cobertera de la alcantarilla se encontraba intacta y no había perdido ninguna de sus coberteras. Su función era drenar las aguas de los espacios que se alzan a una cota más alta, al sur de la cabaña. Por la anchura (de 12 a 20 cm) y la profundidad máxima del canal (8 cm) no podría recibir un caudal excesivo de agua. Los niveles que cubrían la alcantarilla, que a su vez son los suelos de ocupación de C-8, proporcionaron ajuares romanos entre los que destaca un fragmento de *terra sigillata* hispánica (*Drag. 35*), con decoración de hojas de agua, así como restos de cerámica romana de almacenamiento y de cocina.

### CONSTRUCCIÓN C-9

Cabaña de planta oblonga de 20 m<sup>2</sup> de espacio interno dispuesta según un eje mayor con dirección ENE-OSO. El suelo de la cabaña presentaba 5 cm de potencia estratigráfica y proporcionó cerámicas comunes de cronología romana. El avanzado estado de degradación de los muros exigió una restauración en profundidad del paño sur y la consolidación del paramento oeste. Los alzados conservados alcanzaban alturas entre los 70 y los 90 cm.

La excavación del espacio que media con la construcción C-10 permitió identificar un paleosuelo, en el que no se recuperaron materiales arqueológicos, en el que había sido excavada la zanja de cimentación de un muro que parecía extenderse sobre el flanco oriental del poblado, coronando el foso defensivo. La estructura, con una anchura de 2,5 m y una trayectoria ligeramente curva se adapta a la morfología del cerro y podría corresponder con una



Foto 5: Construcción C-9. Perfil estratigráfico de la zanja de cimentación de la muralla.

antigua muralla, sepultada bajo la ampliación del caserío castreño. De este poderoso muro únicamente se recuperó parte de su paramento interno, construido con mampuestos irregulares de pizarra montados en seco y forrados con ripios de pequeño tamaño. El relleno estaba constituido por grandes bloques irregulares de pizarra con disposición horizontal rudimentariamente trabados. Allí donde la vieja muralla no había sido desmantelada o utilizada como fundamento de construcciones posteriores, ésta se mantenía sellada por un delgado horizonte, en el que se acumulaban abundantes fragmentos de cerámica indígena con una significativa ausencia de ajuares romanos.

### CONSTRUCCIÓN C-10

Construcción de planta subcuadrangular con las esquinas redondeadas, orientada según un eje NNE-SSO, y superficie de 15 m<sup>2</sup>. El alzado de los muros conservaba hasta 1,40 m de altura y 0,55 m de anchura que se engrosaba hasta alcanzar los 0,75 m en el tramo septentrional. Los horizontes formados durante el período de vigencia de la construcción estaban prácticamente agotado si bien pudieron identificarse evidencias de la primitiva traza de la cabaña así como varios tramos de edificaciones más antiguas, entre ellas, la muralla que discurre sobre el foso y continúa hacia el torreón y su refuerzo. Éste se verá parcialmente desmochado



Foto 6: Construcción C-10 y vista general con restos de la dos fases de fortificación.



Foto 7: Construcción C-10. Refuerzo de la muralla sobre la que más tarde se levantó el muro oriental del edificio.

en un momento posterior y sepultado bajo un relleno que, apoyado contra el muro meridional de la cabaña C-9, sirvió de base al horizonte de circulación del nuevo edificio. Los materiales pizarrosos que conformaban el relleno contenían un fragmento de cerámica indígena y un molino rotatorio completo. Al sustentarse sobre materiales poco consolidados, la cimentación norte de C-10 es notablemente más robusta que, por ejemplo, en la parte meridional donde los refuerzos de la muralla y la roca, que ganaba en altura, propiciaron una cimentación más sólida, de forma similar a como hubo de procederse en la construcción C-8.

Al exterior, el muro de C-10 respetó el trazado de la muralla más antigua, contra la que casi llegó a adosar su paño oriental. Varias hiladas de la muralla permitieron la reconstrucción de un recorrido inédito, ya que en el espacio entre C-13 y C-10 la vieja muralla fue rebajada hasta dejar únicamente una hilada, lo que permitió la prepara-



FOTO 8: Horizonte de tránsito en torno a la construcción C-10, que discurría sobre la ruina de la muralla.

ción de una superficie de tierra que fue utilizada a modo de calle, por encima de la muralla. Este tránsito era el que daba acceso a la construcción, que tiene su vano por la parte noreste.

Por último, una excavación furtiva abrió un gran vano en el muro occidental del edificio, invadiendo el interior del mismo. El color grisáceo del sedimento y la escasa cohesión de los componentes definían una silueta fácilmente reconocible.

#### CONSTRUCCIÓN C-II

Construcción de planta circular de 16 m<sup>2</sup>, con orientación NNE-SSW que conservaba unos alzados máximos de 0,70 m con 0,80 m de anchura máxima; el lienzo norte y gran parte de su tramo occidental estaban prácticamente perdidos. Únicamente fue excavada la mitad septentrional de la cabaña que, como pudo comprobarse, ya había sido parcialmente exhumada.

Durante la excavación se identificó un hoyo de poste en posición central cuya estratigrafía y cota indican su correspondencia con el último uso de la cabaña. El hoyo de 20 cm de diámetro y 15 cm de profundidad conservaba media docena de lajas verticales que servían de forro al poste. Adosado al paño oeste se conserva una hilada de un muro, tal vez relicto de una construcción más antigua, quizás reutilizado como banco corrido, cuestión pendiente que habrá de dilucidarse cuando se complete la excavación en esta área.

Por debajo de los suelos de la cabaña y sobre la tierra producto de la alteración de la roca se documentó un nuevo hoyo, de 35 cm de diámetro, en el que aún se conservaban una decena de lajas de pizarra hincadas, antiguo forro del poste. La estructura no parece tener relación directa con la cabaña, sino que se correspondería con un momento anterior a C-II.

#### CONSTRUCCIÓN C-12

Cabaña de planta circular de 12 m<sup>2</sup> de superficie, que fue excavada parcialmente por García Bellido y Uría en el año 1941 y publicada con cierto detalle (GARCÍA y BELLIDO, 1942: 291). Los muros se elevaban alrededor de 60 cm con anchuras variables entre los 85 cm y 1 m. Los paños sur y norte presentaban una pronunciada inclinación, que fue corregida durante los trabajos de restauración.

En 1941 ya se habían documentado los restos de un poyo de escasa altura adosado al paramento sur de la cabaña, un murete levantado en el centro de la construcción acompañado de varias lajas de pizarra hincadas, así como una piedra de granito con una cazoleta central que apareció cubierta por una laja de pizarra perforada (GARCÍA y BELLIDO, 1942: 295). La excavación actual permitió identificar, sobre el suelo de la construcción, un lecho de cantos rodados muy próximo al muro que ocupaba la parte central del mismo. Muchos de esos cantos presentaban indicios evidentes de haber estado expuestos al calor en su parte superior, por lo que es muy probable que esa plataforma funcionara como hogar; el murete trashoguero afrontado al vano de entrada protegía el fuego evitando la dispersión de las brasas. El poyo pegado a la pared sería utilizado como banco corrido inmediato al hogar, tal y como había señalado Antonio García y Bellido al ver las similitudes que éste presentaba con los hallados en el castro de Coaña.

La presencia de cerámica común romana en los depósitos asociados a C-12 permite defender la vigencia de esta construcción en época altoimperial. En uno de los intersticios del banco corrido se localizó un fragmento de *terra sigillata* hispánica (*Drag.* 37 A). Debe mencionarse



Foto 9: Construcción C-II. Vista parcial de las fases más antiguas del edificio.

así mismo la presencia de 6 pesas en el interior de la construcción.

Bajo estos suelos de ocupación pervivían vestigios más antiguos, relictos de muros que sirvieron de fundamento a la nueva obra y un pavimento de *chapacuña*, subyacente a los anteriores, instalado para facilitar el tránsito en una zona con pronunciado desnivel en un momento en el que, sobre este espacio, no se había instalado aún ninguna construcción doméstica. Algo similar ocurre al exterior, donde se han identificado dos niveles en los que están presentes cerámicas de la Edad del Hierro y pellas de barro con improntas de envarado. Uno de estos fragmentos conserva improntas entrelazadas de sección semicircular y rectangular, residuos de primitivas arquitecturas de urdimbre vegetal con manteadado de barro.

Los derrumbes inmediatos al edificio procedentes del torreón también sepultan restos constructivos de, al menos, tres fases sucesivas. Los muros siguen trayectorias muy similares, en sentido SO-NO y denotan un interés renovado por aprovechar este espacio del poblado. El lote de materiales recuperados en este sector, aunque no demasiado prolífico, es bastante significativo: varios fragmentos

de cerámica indígena y una contera de un puñal, fabricada en hierro, de superficie rectangular con base calada lateralmente por semicírculos simétricos que rematan en rodillos perpendiculares coronados con botones circulares.

#### *Espacios comunes*

La calle R-II se define como un pequeño paso entre C-10 y C-II, que da acceso a los sectores más meridionales a través de una superficie de unos 5 m<sup>2</sup>. En la cota más baja de excavación y sobre las unidades estratigráficas producto de la alteración de la roca, existían aún restos muy tenues de una superficie de cantos rodados y pizarras de pequeño tamaño que pudo servir de pavimento. Éste se vio cubierto y recrecido de un modo constante, debido al uso continuado del lugar. En ese sedimento acumulado, contemporáneo a las edificaciones previas a C-10 y C-II, es donde se recuperaron buena parte de los materiales arqueológicos: un molde para dos hachas planas, cerámica con un marcado carácter indígena, pequeños fragmentos de manteados de barro, restos de molino y un enganche de tahalí de bronce. Las cerámicas pertenecían a vasijas de



Foto 10: Construcción C-12. Restos de un pavimento de chapacaña y otros elementos constructivos pertenecientes a edificios desaparecidos.



Foto 11: Exterior de la construcción C-12. Perfil norte, en el que abundan las pellas de barro con improntas de cañizo y madera datadas mediante C-14.

gran porte, de las que no se recuperaron perfiles completos o fragmentos de bordes lo suficientemente explícitos, pero que por su morfología habría que relacionar con cerámicas destinadas al almacenamiento.

La deposición del molde de hacha plana en este lecho se produce fuera de todo contexto metalúrgico y una vez desestimado su uso instrumental. Forma parte de los rellenos depositados durante uno de los recrecidos de la calle donde se colocó invertido, con los vaciados de las piezas hacia abajo.

#### SOBRE LA ANTIGÜEDAD DEL CASTRO DE PENDIA: PRIMERAS DATACIONES ABSOLUTAS

El Castro de Pedia es un yacimiento singular en el repertorio de poblados fortificados de Asturias por muy diversas razones. Instalado en condiciones de aparente vulnerabilidad, su peculiar morfología y las discretas di-

mensiones del recinto que imponen una densa, aunque necesariamente limitada, trama de construcciones en la que, sin embargo, se integran dos edificios termales son circunstancias que, durante muchos años, planteaban una situación anómala y desconcertante. Particularmente problemática era la cuestión de su antigüedad, pues los materiales atribuidos al yacimiento, bien a partir de rebuscas, bien procedentes de antiguas excavaciones, mostraban un repertorio muy heterogéneo en el que a piezas de inequívoca filiación romana, se sumaban otras atribuibles a épocas anteriores (hachas pulimentadas, productos metalúrgicos del Bronce Final o cerámicas de la Edad del Hierro) (MAYA, 1988). En torno a estos hallazgos se desarrolló una encendida discusión que planteaba lecturas antagónicas según se los considerase prueba fehaciente del origen prerromano del poblado o simples relictos de tradiciones ancestrales, de origen en todo caso discutible, implantados sobre un establecimiento fundado tras la conquista romana. En buena medida estas cuestiones están hoy resueltas al haberse avanzado notablemente en el conocimiento de la formación del mundo castreño y conocerse la prolongada vigencia del hábitat fortificado en el occidente de la región que, ahora sabemos, remonta las primeras fundaciones a fines de la Edad del Bronce (VILLA, 2007c).

La existencia de una ocupación prerromana en Pencia ya fue indicada por García y Bellido, que atribuyó a ese período antiguo el establecimiento del recinto en el que se emplaza la gran cabaña (1942: 291)<sup>3</sup>. Esta afirmación, de base fundamentalmente intuitiva, puede hoy presentarse como acertada, pues la documentación acumulada en estos últimos años refrenda con datos de orden estratigráfico, con materiales contextualizados y dataciones absolutas, la ocupación del castro durante la Edad del Hierro. Así se venía defendiendo desde hace algún tiempo, fundamentalmente a partir del estudio particular de los edificios termales o saunas castreñas, cuya fidelidad a un patrón compartido por todos los ejemplos conocidos en el valle del Navia (Coaña, Chao Samartín y Pelóu) permitía considerar la contemporaneidad de las saunas primitivas, cuya implantación se estima debió comenzar a producirse en el tránsito de los siglos V-IV a. C. (VILLA, 2007 c y d).

Si los elementos defensivos siempre son un elemento clave cuando se trata de conocer la secuencia de ocupación de un poblado castreño, en el caso del castro de Pencia, están resultando determinantes. El estado de conservación de los paramentos defensivos en época de García y Bellido aún permitía la reconstrucción casi completa de las antiguas cercas. Con el paso del tiempo estos muros se cubrieron progresivamente con vegetación, pero a lo



Foto 12: Exterior de la construcción C-12. Bajo el derrumbe del torreón, al fondo, se identifican tres fases constructivas superpuestas.



Foto 13: Escarpe interior del foso en su tramo oriental. Restos de la fortificación más antigua, cubierta por los refuerzos posteriores de la muralla.

largo del contorno del poblado aún se podían identificar los restos discontinuos de varios lienzos que protegían la zona de hábitat. En el flanco oriental los restos de esta muralla parecían enlazar con los del torreón meridional, aunque su rastro se perdía por completo en el área de implantación de las cabañas 9 y 10. El sondeo parcial en este sector ha permitido reconstruir una secuencia estratigráfica con la que confirmar la continuidad de la línea defensiva y establecer la relación diacrónica entre ésta y el caserío castreño.

Hasta el momento conocemos la existencia de una primera fortificación que se corresponde con los restos de una muralla de lienzo continuo, de la que restan 14 m. Adaptada a la escabrosa topografía del terreno, se erigió ribeteando el escarpe occidental del foso, con una anchura

<sup>3</sup> *A posteriori*, este aspecto del poblado también ha sido destacado en diversas publicaciones (ROMERO, 1976: 33 y MAYA, 1988: 41).



Foto 14: Muralla oriental. Sobre ella se asienta la esquina de la construcción C-9.

de entre 2,20 y 2,50 m. Su paramento interno fue enmascarado tras un muro adosado que le sirvió de sostén y contrafuerte. En algunos tramos la renovación acometida fue tan intensa que supuso el desmantelamiento parcial de la vieja estructura. Las reformas propiciaron una nueva muralla de trazado ligeramente curvo, también continuo que, al contrario que la fortificación primigenia (que se ceñía al borde de ladera), invadía muchos más metros del espacio interno de habitación con un aumento considerable de grosor en buena parte de la traza. En principio, esta solución parece debida a razones de índole funcional (solucionar una inestabilidad) que no pueden vincularse con los datos disponibles a una hipotética modificación de los patrones de fortificación<sup>4</sup>. Esta obra resulta muy alterada por reformas posteriores, que concluyeron con el parcial desmantelamiento de la estructura, lo que impide, entre otras cuestiones, determinar si semejante refuerzo pudo servir de asiento para acceder a la parte superior de la muralla.

Estas remodelaciones de la muralla se pueden situar, al menos, en el siglo IV a. C., cronología avalada por las muestras de carbón analizadas en los rellenos de la zanja de cimentación del nuevo muro<sup>5</sup>, ya que las dataciones convergen en ese siglo. Las muestras son válidas para datar la obra de reforma, de modo que la primera fase de la mu-

<sup>4</sup> El hecho de desprever de consideraciones culturales o sociales las realizaciones técnicas, sobre todo si remiten a modelos sencillos que pueden ser reproducidos fácilmente, ya fue mencionado por BERRICAL (2004:45) en su estudio de las fortificaciones protohistóricas peninsulares.

<sup>5</sup> BETA-246598: 2350±40 BP. Cal BC 510/380. BETA-246600: 2110±40 BP. Cal BC 340/320 and Cal BC 210/40.

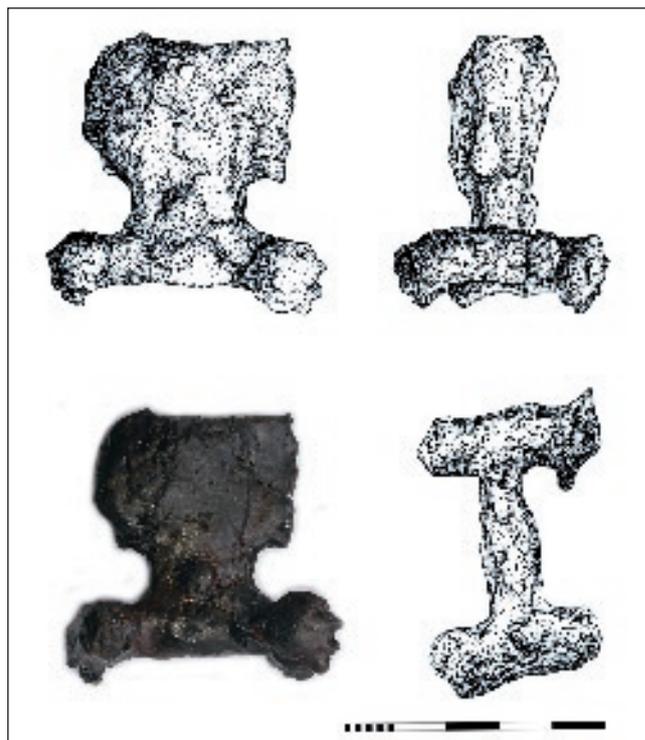


FIGURA 2: Contera de hierro con calados semicirculares y rodillos rematados en botón recuperada en horizontes de la Edad del Hierro.

ralla debería ser anterior a estas fechas. El paramento, una vez reformado, sufrió con toda seguridad más reparaciones y arreglos a lo largo de los siglos II-I a. C., cronología que proporcionan los restos de maderas quemadas extraídos del relleno del tramo remodelado<sup>6</sup>. Las reiteradas reparaciones de las murallas castreñas son un fenómeno bien documentado en otros yacimientos próximos (VILLA, 2002: 180) y pueden evidenciar, en el caso concreto de Pedia, la paulatina corrección de desperfectos provocados por la longevidad de la estructura, asentada sobre un terreno de superficie tan pendiente como escabrosa. En estas condiciones, los problemas de estabilidad son inevitables y han sido detectados en buen número de poblados fortificados protohistóricos. De hecho, la dificultad de erigir murallas en las topografías abruptas que caracterizan nuestra región y la fragilidad que evidencian muchas de las fortificaciones previas, pudo ser un acicate para la introducción del modelo compartimentado durante la Segunda Edad del Hierro (CAMINO, 2000: 40). A esto habría que unir otros factores, entre los que se pueden encontrar, por ejemplo, la presión del terreno intramuros que debilita en gran medida aquellas estructuras defensivas que ejercen de elemento de contención (ESPARZA, 1986: 246; ASENSIO, 1995: 350).

<sup>6</sup> BETA-246599: 2090±40 BP. Cal BC 200/10.

MUESTRA	FECHA C-14	CALIBRACIÓN (2 SIGMA)	PROCEDENCIA
Beta-231044	2090±50 BP	Cal BC 340-320 / Cal BC 210 - Cal AD 10	C-12. Exterior
Beta-246598	2350±40 BP	Cal BC 510-380	C-9. Relleno zanja cimentación muralla
Beta-246599	2090±40 BP	Cal BC 200-10	C-9. Relleno muralla
Beta-246600	2110±40 BP	Cal BC 340-320 / Cal BC 210-40	C-9. Base zanja cimentación muralla
Beta-246601	3750±60 BP	Cal BC 2340-2010 / Cal BC 2000-1980	C-9. Paleosuelo

Tabla 1: Dataciones C-14.

La ocupación del poblado durante la Segunda Edad del Hierro se advierte en otros sectores del poblado en los que, a medida que la excavación afecta a zonas menos castigadas por el expolio, se evidencia una secuencia estratigráfica compleja, en la que es posible reconocer diferentes episodios constructivos, y recuperar en contextos fiables materiales característicos del mundo indígena prerromano. Así ocurre con la contera de hierro, cuya tipología aparece con frecuencia asociada a puñales de antenas (VILLA, 2009: 106; ARIAS & DURÁN, 1996: 83) o los restos del manteado de barro con improntas de urdimbre vegetal. La acción del fuego hizo posible la conservación del barro y las maderas que fueron datadas en la Segunda Edad del Hierro<sup>7</sup> y que atestiguan la utilización en Pendia de un tipo de arquitectura perecedera frecuente en los poblados prerromanos del cuadrante norte de la Península Ibérica<sup>8</sup>. Lamentablemente, la fragilidad de esta arquitectura y su instalación sobre plataformas aterrazadas dificulta notablemente la definición de la trama urbana más primitiva. La transformación del espacio intramuros genera serios problemas en la identificación de las arquitecturas perecederas, tal y como ha señalado J. Camino, si bien, a pesar de la intensidad de las obras posteriores, esto no impide recuperar documentación de gran utilidad (CAMINO, 1997: 57 y 65; CAMINO, 2003: 163).

Una nueva fase de reformas tuvo lugar, afectando al menos a parte del caserío oriental, en un momento anterior a la introducción de ajuares romanos. Así lo refleja

el repertorio material contenido en los sedimentos que cubren la muralla ya desmochada y en los rellenos que sellan su paramento interno, por debajo de las cabañas 9 y 10. La reforma alteró definitivamente la imagen y función de las ya centenarias fortificaciones: se desmontó gran parte de la muralla oriental que pasa a ser, con una altura muy rebajada, el cimientado de dos cabañas, así como el elemento de contención de los escombros que permiten desarrollar las plataformas sobre las que estas cabañas se asientan. Estas obras forman parte de la profunda remodelación y ampliación del caserío, que exigió en ocasiones rebajar el sustrato rocoso con el desbaste somero de la roca (construcciones 2, 7, 9) o bien recurrir a rellenos de nivelación (construcciones 8, 10, 12 y, probablemente, la 13). Este último tipo parece reproducir, a pequeña escala y aplicado a ambientes domésticos, el modelo constructivo desarrollado en el castro de Caravia para la creación de las obras defensivas (DE LLANO, 1919: 39-40).

La presencia de Roma en el poblado se constata con seguridad hacia mediados del siglo I d. C. y su implantación puede relacionarse con la expansión del espacio doméstico, que llega a superponerse sobre la obra defensiva en un proceso constatado en otros castros excavados en la comarca que, bajo dominio romano, renuncian a su condición de emplazamiento fortificado (VILLA, 2005: 130). Así ocurre en Pendia, donde las nuevas construcciones llegan a cercenar la muralla para favorecer su estabilidad o el tránsito interno. Buena parte del caserío que define la última trama edificada del poblado ha ofrecido materiales correspondientes a época romana y que los materiales cerámicos más modernos permiten llevar al menos hasta principios del siglo II d. C.

<sup>7</sup> BETA-231044: 2090±50 BP. Cal BC 340/320 and Cal BC 210 to Cal AD 10.

<sup>8</sup> Por ejemplo, en Galicia (ROMERO, 1976: 52), Cantabria (PERALTA y OCEJO, 1996: 39), la Meseta (ESPARZA, 1986: 248-249) y Álava (LLANOS, 1974: 119-120).

## BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS VILAS, F. y DURÁN FUENTES, M. C. (1996): *Museo do castro de Viladonga*, Xunta de Galicia, Lugo.
- ASENSIO ESTEBAN, J. A. (1995): *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón, Caesar Augusta*, 70.
- BERROCAL RANGEL, L. (2004): «La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la península ibérica», *Gladius* XXIV, 27-98.
- CAMINO MAYOR, J. (1992): «Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: un poblamiento de la Edad del Hierro», *Excavaciones arqueológicas en Asturias (1987-90)*, 137-144.
- CAMINO MAYOR, J. (1997): «Excavaciones en castros de la ría de Villaviciosa», *Estudios del poblamiento prerromano de la ría de Villaviciosa*, Cuadernos Cubera nº 9, 43-86.
- CAMINO MAYOR, J. (2000): «Las murallas compartimentadas en los castros asturianos: bases para un debate», *Archivo Español de Arqueología* 73, 27-42.
- CAMINO MAYOR, J. (2003): «Los castros de la ría de Villaviciosa: contribución a la interpretación de la Edad del Hierro en Asturias», en *Trabajos de Prehistoria* 60, nº 1, CSIC, Madrid, 159-171.
- DE BLAS CORTINA, M. A. (1999): «Asturias y Cantabria», G. Delibes de Castro e I. Montero Ruiz (coord.): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios regionales*, Madrid, 41-62.
- DE LLANO Y ROZA DE AMPUDIA, A. (1919): *El libro de Caravia*, Oviedo.
- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942): «El castro de Pendia», *Archivo Español de Arqueología* XV, 48, 288-307.
- GIL SENDINO, F. y VILLA VALDÉS, A. (2006): «La circulación monetaria en los castros asturianos», M. P. García y Bellido (coord.): *Los campamentos romanos en Hispania (27 a. C.-192 d. C.). El abastecimiento de moneda. Anejos de Gladius* 9, vol. II, 501-519.
- LLANOS, A. (1974): «Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro», *Estudios de Arqueología Alavesa*, nº 6, 101-146.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1974): «Puñal con antenas de Penácaros», en *Miscelánea Arqueológica* II, 71-73.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*, Estudios de la Antigüedad 4/5, Barcelona.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y SÁNCHEZ HIDALGO, E. (2007): «El caso particular de la *terra sigillata*», J. Rodríguez Muñoz (coord.): *La Prehistoria de Asturias*, Oviedo, 772-782.
- PERALTA, E. y OCEJO, A. (1994): «El poblamiento de la Edad del Hierro en el Sector Central Cantábrico», *La arqueología de los cántabros. Actas de la primera reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, Santander.
- ROMERO MASÍA, A. (1976): *El hábitat castreño. Asentamientos y arquitectura de los castros del noroeste peninsular*, Santiago.
- VILLA VALDÉS, A. (1999): «Plan Arqueológico director de la cuenca del Navia», *Excavaciones arqueológicas en Asturias (1995-98)*, 205-211.
- VILLA VALDÉS, A. (2000): «Saunas castreñas en Asturias», en *II Coloquio Internacional sobre termas romanas en el occidente del Imperio*, Gijón, 97-114.
- VILLA VALDÉS, A. (2002): «Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias», M. A. de Blas y A. Villa (eds.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia, 159-188.
- VILLA VALDÉS, A. (2005): «Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión», *Boletín Auriense* XXXIII, 115-146.
- VILLA VALDÉS, A. (2007a): «Intervención en los edificios termales en el castro de Pendia (Boal): reexcavación, lectura y consolidación con *Addenda Judicial*», en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias (1999-2002)*, Oviedo, 283-294.
- VILLA VALDÉS, A. (2007b): «Saunas castreñas en poblados fortificados de Asturias y Galicia», en A. Coelho (coord.): *Pedra Formosa*, Vila Nova de Famalição, 66-92.
- VILLA VALDÉS, A. (2007c): «Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a. C.-II d. C.)», en J. A. Fernández-Tresguerres (coord.): *Astures y romanos: nuevas perspectivas*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 27-60.
- VILLA VALDÉS, A. (2009): *Museo Castro de Chao Samartín. Catálogo*, Consejería de Cultura y Turismo del Principado de Asturias y Asociación de Amigos del Parque Histórico del Navia, Oviedo.
- VILLA VALDÉS, A. y RODRÍGUEZ DEL CUETO, F. (2008): «El castro de Pendia (Boal, Asturias)», en E. Ramil Rego (Ed.): *I Congreso Internacional de Arqueología de Vilalba. Férvedes* 5, Vilalba, 551.